

Demandas de identidad

Repensar la identidad

Fernando Aínsa

¿Qué sucede cuando el pensamiento de pertenencia nacional choca con la desaparición de fronteras y la mezcla de culturas?

En las últimas décadas se han acumulado tanta retórica y lugares comunes sobre la identidad, sobre su importancia, los rasgos que definían su tipología —étnicos, objetos “patrimoniales”, historia, religión, rituales, imaginarios, símbolos y costumbres— y sobre la idea de “ser nacional” en la que se debían reconocer los habitantes de un territorio, que la crisis actual del concepto en el marco de la sociedad postmoderna y globalizada en la que estamos inmersos parece saludable.

Vivimos, es cierto, una crisis por la pérdida de los tradicionales referentes telúrico-biológicos de la identidad y el desmoronamiento del metaconcepto que la unificaba alrededor de las tradicionales nociones de territorio, pueblo, nación, país, comunidad, religión, raíces. Pero creemos que más que un obstáculo aniquilador, los efectos de la globalización tienen que ser enfocados como un apasionante desafío a la

imaginación y un nuevo punto de partida para el estudio de una noción —la identidad— que es más un “quehacer” que la gestión de un “patrimonio territorial”.

“ Lo que nos identifica ya no es sinónimo de homogeneidad y no coincide necesariamente con los límites de un territorio determinado. ”

Posibilidades, más que dificultades, se abren para un debate al que hay que apostar creativamente, aunque esa participación sea crítica y reactiva. Hay que indagar en esa dirección, transgrediendo fronteras, no condescendiendo pasivamente con el saber ya dado sobre el tema y repitiendo argumentos que ahora parecen simples consignas, sino

produciendo horizontes y aportando nuevas ideas que pueden experimentarse. De otro modo, la reflexión intelectual se limitaría al repliegue defensivo y a un refugiarse en los derivados ilusorios de la nación, la confesionalidad o la tribu.

Es más, creemos que la crisis de la ontología de la pertenencia nacional y el creciente proceso de pérdida del territorio a que invita la desaparición de fronteras y la multiplicación de circuitos de circulación y difusión, aunque se traduzca en lo inmediato en la pérdida de referentes identitarios por la presunta homogeneización a la que la globalización conduce, no hace sino “abrir paso a uno de los retos culturales más apasionantes y potencialmente subversivos del momento”¹.

1 Celeste Olalquiaga, “Buitre-cultura. El reciclaje de imágenes en la postmodernidad” en *Art from Latin America. La cita transcultural* (O.c., p.93).



ILISTRACIÓN: Vasos comunicantes. David Vela.

A este reto intentaremos responder en nuestra intervención.

Para ello partimos del hecho de que lo distintivo, lo que nos identifica ya no es sinónimo de homogeneidad y no coincide necesariamente con los límites de un territorio determinado. Menos aún puede reivindicarse como una colección de textos, objetos a conservar, raíces definidas, ritos y símbolos fijados de una vez para siempre, cuando no convertidos en estereotipos repetidos sin cuestionarlos.

La progresiva desaparición de barreras fronterizas en varias regiones del mundo, la generalización de las comunicaciones, Internet mediante, y los cambios radicales de las formas de producción y circulación de los productos culturales a los que se identificaba como “nacionales”, han conducido a este proceso en que se reconoce una cierta postmodernidad. Todo sistema identitario —es decir el conjunto de tradiciones cul-

turales, sociales o históricas al que una comunidad pertenece y a cuyo destino está uncida para lo mejor y lo peor— ya no puede pretenderse orgánicamente cerrado. Es inevitablemente “poroso” y puede llegar a tener una relación “osmótica” con otros grupos o sistemas que lo impregnan, lo oprimen o lo favorecen.

A ello ha contribuido la nueva dimensión del individuo surgida con la creciente movilidad que caracteriza la vida contemporánea, cada vez más liberada de las restricciones de dependencia de la organicidad biológica y social, de delimitaciones territoriales y de compulsiones históricas a los que la noción restrictiva de identidad la constreñía. Es bueno recordar que tener identidad ha supuesto tradicionalmente pertenecer a un país, a una ciudad o un pueblo y hasta a un barrio, donde se comparte con otros una “mismidad” intercambiable. Desde esta perspectiva, lo propio de una iden-

tidad nacional ha sido el producto del “cultivo” de ese “territorio” que debía coincidir con los límites de un estado, una lengua, una religión o una etnia. Ese “producto” ha generado comportamientos e impreso “señas” en las que se reconocen los miembros de la comunidad, conciencia de semejanza (lo idéntico y compartido) que permite establecer diferencias con los otros, con todos aquellos que no encarnan ni manejan los mismos códigos.

Los repertorios de objetos comunes que tienen “una correspondencia específica con las formas locales que adopta la vida de una comunidad”², en la medida que se comparten con otros (los “idénticos” a uno), han ratificado la idea de or-

2 Néstor García Canclini, “Escenas sin territorio” en *Art from Latin America. La cita transcultural*, Edición bilingüe de Nelly Richard, Sydney, Australia, Museum of Contemporary Art, p.28

ganicidad identitaria y han fundado la noción de pertenencia. Se pertenece a un grupo y se pertenece a un sistema de valores. El “sentimiento”³ de tener identidad está respaldado por la seguridad que brinda esa pertenencia a un grupo cuya definición y cohesión reposa sobre un sistema común de valores y de instituciones orgánico. Esta pertenencia ha propiciado formas de participación a nivel nacional (partidos, sindicatos, asociaciones locales), fundantes de los referentes jurídicos y políticos de la ciudadanía, las que han sido características institucionales de la identidad y que hoy están en crisis.

El sistema compartido, el pasado común, más o menos respetado según los individuos o los grupos, ha servido de norma de referencia identitaria y ha fundado las creencias en que se apoya y se expresa la identidad. Se cree en la cultura “propia de uno”, en la historia compartida, se cree en la Patria o en la nación a la que se pertenece, se cree en los límites y fronteras donde empieza y termina una “mismidad”, se cree en los mecanismos con que la identidad se defiende de contactos e intercambios. Para ello se otorgan cédulas y documentos nacionales de identidad, se exigen visas en pasaportes y se efectúan controles fronterizos. Así, muchas identidades nacionales se han forjado gracias al énfasis con que se han marcado las diferencias, cuando no a conflictos o guerras con los países vecinos.

Ahora, por el contrario, la interacción y la tensión a partir de la

3 El ensayista tunecino Albert Memmi se pregunta si no es mejor hablar del “sentimiento” de identidad cultural más que de una identidad cultural propiamente dicha (Albert Memmi, “Les fluctuations de l’identité culturelle”, *Esprit*, París, Enero, 1997, consagrado a *La fièvre identitaire*). “Ser un francés, un Alemán o un Ruso – afirma Memmi – es una manera de “comprenderse” a sí mismo, de definirse en relación a una tradición y a una situación cultural, pero esta relación consigo mismo y esos elementos culturales son cambiantes” (p.99).

diferencia, la apertura a los temas de la alteridad, la marginalidad, la exclusión, el descentramiento y la desorientación han marcado la crisis de la ontología de la pertenencia en la que vivimos y han llevado a la reformulación de la noción de “comunidad” y de “patrimonio”. Lo extranjero penetra las fronteras políticas y económicas, hibridiza los reductos culturales de la identidad, mezcla costumbres y comportamientos. El “otro” ya no está fuera de los límites del país, sino que puede estar en una misma ciudad y puede ser el vecino del edificio en que se vive. Nuevas fronteras (lo que metafóricamente podrían ser “fronteras asimétricas”) se instalan en el interior de países y ciudades y se desdibujan en la multiplicación de los circuitos de circulación transterritoriales de personas, ideas y costumbres que las relacionan entre sí.

“ Muchas identidades nacionales se han forjado gracias al énfasis con que se han marcado las diferencias, cuando no a conflictos o guerras con los países vecinos. ”

Sin embargo, estos cambios no se producen sin dificultades. Generan “ansiedad e insatisfacción”⁴ y producen una descolocación (“dis-locación”) que unos —los dueños tradicionales del “territorio” identitario— perciben como una “invasión” y otros —minorías de todo tipo, excluidos y extranjeros— sienten como un desplazamiento hacia la marginalidad a la que son relegados. De ahí que buena parte

4 Etienne Balibar y Immanuel Wallerstein en *Race, nation, classe. Les identités ambiguës* (París, Editions la Découverte, 1990) hablan de la ansiedad e insatisfacción que ha generado la nueva “categoría” de inmigración, en tanto que sustitutiva de la noción de raza y factor de desagregación de la “conciencia de clase”.

del discurso identitario, especialmente en las grandes urbes, ponga el del patrimonio amenazado que protegen unos, al discurso desde la marginalidad que reivindican otros: inmigrantes, jóvenes, integrantes de minorías, desocupados o carentes de domicilio fijo. Un discurso que ha convertido en simbólicamente centrales a figuras socialmente periféricas.

Por otra parte, esta toma de conciencia de la vulnerabilidad de la identidad cultural patrimonializada, lleva a ciertos sectores a una susceptibilidad, cuando no a la violencia, frente a todo principio de cambio o alteración de lo que se considera propio. Se habla y se teme la “pérdida de la identidad”, aunque esta no sea otra que la prisionera de las visiones fundamentalistas de etnias, religiones y culturas que la reivindican como exclusiva.

Esta preocupación se da particularmente en las sociedades que se sienten amenazadas por la globalización, a la que se tiende a confundir con homogeneización o uniformización. En el caso de algunas regiones o estados, el sustrato “primitivo” de la búsqueda mítica de la identidad ha llevado a algunos a una reivindicación de la pureza de lo vernacular (lo originario, lo autóctono) frente a lo que se considera el efecto contaminante y enajenante de la modernización extranjera. La defensa de lo “nacional-popular” y de las categorías axiológicas de lo pre-moderno y antiindustrial, todo aquello que se representa como lo “propio” y lo auténtico, conduce a una simbolización arcaizante de la identidad, definida por un pasado que, en algunos casos extremos, se ha transformado en un verdadero culto de los orígenes.

El proceso inverso es, sin embargo, preponderante. Una geografía alternativa de la pertenencia se impone en gran parte del mundo. El trazado de esta nueva cartografía, basada en los flujos segmentados y combinados que atraviesan y redi-

bujan las fronteras existentes, se va dando a partir de tres procesos paralelos e interdependientes en curso:

El proceso por el cual se da la construcción de una identidad que no está necesariamente fundada en los cánones del territorio, la etnia, la religión o la lengua no supone aceptar en forma beata la alienación sometida a los peores efectos de la globalización económica y la post-modernidad que ensalza la cultura del fragmento.

Para hacer frente a este desafío, hay que inventar una mirada sobre nosotros mismos que sea múltiple, polifónica y pluralista, capaz de evacuar los significados aceptados del signo identitario. Lo importante es elaborar estrategias para sobrevivir en la inmersión de símbolos y referentes variados y reconstituir la noción de identidad sobre nuevas bases, superando el rechazo y el miedo monolítico a la cultura “multinacional”.

Para comprender el alcance de esta propuesta hay que recordar que todo individuo se maneja simultáneamente en varios círculos identitarios, desde el individual y familiar, hasta el más amplio de pertenencia a una comunidad, región, nación o país, pasando por el del grupo político, étnico, sindical o profesional en el que se desenvuelve. La identidad se desplaza y se abre en ese espacio circular superpuesto, concéntrico o tangencial, donde cada uno de los círculos es siempre más reducido que el horizonte integral de la persona que los engloba.

La fricción entre las expresiones individuales y las colectivas de estos diferentes círculos es inevitable, y su ampliación o reducción es variable y permanente. La ampliación acentúa el carácter pluralista de la identidad y la reducción impulsa hacia el fundamentalismo y la tribalización. Mientras que el círculo de pertenencia tiene nostalgia de lo monocultural y de los horizontes limitados comarcales, de las lenguas incontaminadas y de las incuestio-

nadas verdades sobre el origen, el de la apertura apuesta al intercambio y al conocimiento del otro. “La identidad cultural —resume Albert Memmi— es una ecuación dinámica donde se combinan inextricablemente elementos más o menos estables con elementos cambiantes y relativamente imprevisibles”⁵.

“ Lo multicultural es precondición para cosas nuevas, no condición. ”

Ello genera las “lealtades múltiples” en que se divide (y a veces se desgarran) la identidad contemporánea. Esta noción ha ido ganando un espacio que no es siempre fácil de aceptar, donde vivir “en medio”, en la “grieta de dos mundos”, lo que Daniel Sibony llama el juego de distancias del *entre-deux identités*⁶, es parte de un nuevo repertorio de referentes donde una parte de la identidad se renegocia y se reconstruye en permanencia a partir de una perspectiva multifocal. Así puede explicarse el cada vez más importante fenómeno de la doble nacionalidad, al que irónicamente podríamos llamar “bigamia” de Patrias, “bipatrismo” que caracteriza la situación de buena parte de exiliados e inmigrantes. Tener doble pasaporte no es simplemente una comodidad para cruzar fronteras, sino un documento que traduce una situación de hecho en que parte de una identidad ha cedido su espacio a un territorio de adopción. Las lealtades múltiples se manifiestan asimismo en la compleja relación de los ciudadanos de regiones autónomas y naciones que las integran

5 Albert Memmi, art. citado, p.100

6 Daniel Sibony, en “Tous malades de l’exil”, (*Liberation*, París, 30 enero 1997) se refiere al riesgo de querer encerrar a toda costa a emigrantes y exiliados en los tópicos de su identidad de origen, en una “autenticidad” de la que no deberían salir y a la que deben retornar cuando tienen “problemas”.

o en el bilingüismo de muchas comunidades en que se divide la expresión lingüística. Bilingüismo que no hace sino reflejar dos filiaciones culturales con sus respectivos modelos de pensamiento. Ello es aún más evidente en las sociedades que aceptan el principio del “mosaico cultural” como constitutivo de su propia organicidad.

En realidad, lo multicultural es precondición para cosas nuevas, no condición. Es transición permanente, donde nadie se pregunta en ningún momento si ha sido influido y cómo se viven “naturalmente” los múltiples aspectos de la multiculturalidad. Es bueno recordar con Ticio Escobar que “el ‘bricolage’, este paciente proceso que busca reorganizar identidades nuevas con desechos y reliquias, es tarea de toda cultura” que yuxtapone fragmentos disímiles de temporalidad social en “un *collage* de memorias y experiencias”⁷. En los hechos, la diversidad del mundo está más fraccionada que nunca y ello es palpable en el seno de países y ciudades en que se vive agudamente el doble proceso de la globalización y el multiculturalismo.

La respuesta a esta necesaria redimensionalización del particularismo y la universalidad en el marco de nuevos parámetros de la identidad nos parece, —repetimos— “uno de los retos culturales más apasionantes y potencialmente subversivos del momento”. Por otra parte, creemos que no aceptar el desafío de repensar estos temas en el marco del doble proceso de fragmentación y de globalización en el que estamos todos sumergidos sería contraproducente. La historia, por ahora, no nos va a dejar otra alternativa. Más vale hacerle frente.

22 Septiembre 2014
Biblioteca de Aragón

7 Idem, Nelly Richard, p.113.